

## RECENSIÓN DE *LA VENTANA DE LOS ANDES* DE PEPE VIDAL

Isabel Ferrández Bleda\*

Universidad Miguel Hernández de Elche

Pepe Vidal es el director del documental etnográfico *La Ventana de los Andes* producido en 2013 y que, recientemente, ha recibido el primer premio de la *I Muestra de cine etnográfico y fotografía del Instituto Madrileño de Antropología*.

Periodista, antropólogo y realizador, el autor ha trabajado en diferentes medios y productoras audiovisuales en las que ha desempeñado funciones como periodista, operador de cámara, montador, guionista y realizador. Actualmente, está en fase de realización de su tesis doctoral sobre antropología audiovisual en la Universidad Miguel Hernández de Elche.

Dos características parecen definir su trabajo: primero, cuestionándose la metodología antropológica aplicada a la antropología audiovisual donde se plantea imbricar el propio arte del lenguaje del cine que se caracteriza por su línea de narración y el uso de la poesía visual con la necesidad de dar visibilidad a los problemas a los que se enfrenta un determinado colectivo; y, por otro, el abandono del recurso narrativo de la voz en off, en favor de un discurso colectivo, como ya se pudo percibir en su primer documental sobre el movimiento 15-M, *Elche toma la plaza* (2011).

*La Ventana de los Andes* nos traslada a la ciudad de Otavalo, localidad de la provincia de Imbabura, en Ecuador situada a 110 kilómetros al norte de Quito. En esta ciudad, que acoge una tradición milenaria de comerciantes y artesanos, se ubica la Plaza de los Ponchos. Se trata de una ciudad rodeada de volcanes y una naturaleza que define la cosmovisión del pueblo kichwa-otavaleño. Una ciudad de comerciantes y artesanos en la que encontramos el espacio que engrana el argumento y la investigación de esta obra, la Plaza de los Ponchos.

---

\*Isabel Ferrández Bleda es licenciada en Antropología Social y Cultural por la Universidad Miguel Hernández de Elche y miembro del Laboratorio de Antropología Audiovisual de la Universidad Miguel Hernández de Elche.

Y así, sin muchas más explicaciones, el autor nos abre la primera ventana que nos permite participar del despertar de la plaza. Deben ser, más o menos, las siete de la mañana y una mujer vestida con ropas tradicionales andinas barre el suelo; otros, comienzan a montar el puesto y el sonido del hierro y decenas de voces inundan los oídos del espectador. Utilizando la técnica del montaje paralelo, se alternan imágenes de un estudio en el que se muestra el proceso de creación de un cuadro. Una pintura que nos descubre a lo largo de la secuencia a una anciana indígena vendiendo vasijas de barro. Y en medio de estas dos escenas, comienzan a aparecer las primeras voces que nos señalan la relevancia del lugar en el que se desarrolla la acción.

La Plaza de los Ponchos es un espacio de renombre internacional donde mujeres y hombres indígenas kichwas exhiben y venden sus artesanías y que se ha convertido en el emblema turístico, no sólo de la ciudad de Otavalo (Ecuador), sino de todo el estado ecuatoriano. El turista conoce el país a través de, primero, las islas Galápagos, y, segundo, la Plaza de los Ponchos.

Pero esta plaza simboliza mucho más, es un espacio que se ha convertido en un nexo, como iremos descubriendo a lo largo del documental, cuyas secuencias se disponen como si el espectador fuera un visitante. Y de este modo, nos lleva de la mano y nos va revelando información mientras paseamos por el tiempo del lugar, y a medida que continuamos sentados frente a esta ventana audiovisual más queremos abrir las contraventanas para saber qué pasa. La información, como a un visitante, no se le muestra inmediatamente; sino que cuanto más tiempo permanece en un sitio, más acceso tiene a la intrahistoria del lugar que visita. Así que, amarrados al asiento, quizá, por el colorido de las imágenes, o porque se intuye que hay algo más detrás de esta plaza.

A partir de la siguiente secuencia, confirmamos que no habrá una voz en off que nos estructure el discurso; éste queda en manos de aquéllos que forman parte del lugar. Un discurso múltiple repartido entre los artesanos, vendedores, autoridades, visitantes y ciudadanos de Otavalo.

Así, la colorida plaza por donde hemos ido paseando se nos revela como un espacio que se ha erigido en el símbolo de la recuperación del entorno urbano otavaleño por parte del indígena kichwa. Si hasta los años sesenta se podía hablar de Otavalo como la ciudad “del hombre blanco” y el indígena era relegado a la esfera periurbana, en la actualidad, el 70% de las propiedades de la ciudad, según palabras de Mario Conejo (2012) alcalde de la ciudad

de Otavalo, están en manos del kichwa otavaleño. Esto se debe a la tradición de los mindalaes (comerciantes kichwas) otavaleños que cruzaban primero las fronteras colindantes con Ecuador para, posteriormente, abrirse a los mercados europeo y estadounidense. Este intercambio unido a la creación, 41 años atrás, de un espacio como la Plaza de los Ponchos, donde los artesanos y artesanas tienen la oportunidad de exponer al mundo sus artesanías han logrado aumentar el poder adquisitivo del indígena otavaleño y permitirle ocupar un espacio que antes le era negado.

Estos logros nunca han venido acompañados de ningún tipo de apoyo institucional. Su consecución es fruto de la iniciativa de cada uno de los individuos que a lo largo de la historia han ido aportando sus proyectos personales, redundando en el beneficio de las condiciones de vida del kichwa otavaleño.

Y continuamos caminando, y la mirada del inocente turista se va disipando a ojos del espectador. Ahora se comienza a tener elementos que permiten una visión más crítica:

En los años setenta comenzaron las movilizaciones por los derechos indígenas. Esto, sumado a la necesidad de recibir ayudas por parte de las instituciones obligó a los indígenas a organizarse en comunidades, estructura social enraizada en la tradición y reconvertida en entidad de reivindicación política y económica con entidad jurídica. Como toda estructura centralizada la representación recae sobre un líder, normalmente con un grado de formación superior al resto y que es elegido democráticamente. Su función es la de intermediar entre las necesidades de la comunidad y los estamentos gubernamentales con el objetivo de visibilizar sus necesidades.

En la actualidad, esta forma de organización sigue vigente y se ha convertido para sus líderes en una plataforma que los catapulta hacia la política. Esto está produciendo muchos desajustes e injusticias que sufren los componentes más expuestos del grupo.

En el caso que nos compete, esta situación se hace palpable a través de la UNAIMCO, la Asociación de Artesanos del Mercado Centenario de Otavalo, que supuestamente representa a los vendedores de la plaza. Así mismo, existen otras organizaciones pero su fuerza es irrelevante con respecto a la primera. Sin embargo, tras muchas declaraciones, deducimos que prácticamente nadie en la plaza se siente representado por esta entidad, tan sólo algunos vendedores cuyo poder adquisitivo es superior al resto y que poseen hasta diez puestos en el mismo espacio, restando la posibilidad a otros de exhibir sus productos. Además, se da la coincidencia que estos vendedores no son productores, sino meros

intermediarios que venden entre sus productos artesanías de otros lugares y que a los artesanos locales les compran a precios abusivos.

Y cuando llega el momento de que el visitante en el que se nos ha ido convirtiendo abandone el lugar, el autor no permite que éste se marche con un sabor amargo. Las últimas declaraciones que se pronuncian apelan a la fuerza de un pueblo que, pese a las adversidades, a la dejadez de las autoridades, a los intereses de aquéllos que deberían representarlos, renuncia a la visión negativa de un futuro del que ellos aseguran serán los dueños. La Plaza de los Ponchos es la plaza de los artesanos, es el lugar que se erige en bandera del pueblo kichwa otavaleño y por ello están dispuestos a seguir luchando.

Y pese a todo el cúmulo de declaraciones, existe un discurso soterrado, una serie de datos e información que nadie nos explica y que llegamos a entender gracias al poder del lenguaje audiovisual. Nos introducimos en el modo de vida de estas gentes, ya no sólo a través de sus propias palabras sino de la propia imagen que nos habla por sí misma de detalles como que en la ciudad no se produce la artesanía, que existen una serie de villas alrededor de Otavalo donde apenas subsiste todavía la artesanía que da fuerza e identidad a este pueblo. También percibimos las extenuantes horas de trabajo de los vendedores y las vendedoras de la plaza. Todo esto gracias a la magia del lenguaje y el montaje audiovisual.

Toda una declaración de intenciones en la que el Pepe Vidal en su investigación pretende dejar claro que el lenguaje audiovisual tiene sus propios mecanismos de comunicación.

En esta misma línea la obra no excluye el sonido extradiegético. Un elemento que ha sido denostado en la mayoría de la tradición etnográfica audiovisual. Y es que el autor parece querer decirnos que esta etnografía no tiene su mira puesta en la academia sino en la propia gente a la que se debe. Por ello, necesita hacer de esta investigación una narración inteligible, accesible al espectador.

En definitiva, se trata de mostrar una visión fenomenológica del conocimiento resaltando la subjetividad del conocimiento humano. Si entendemos ésta por la suma tanto de su pensamiento como de sus percepciones sensoriales, entonces descubriremos que necesitamos explotar todas las herramientas de las que dispone el lenguaje audiovisual con el fin de mostrar la complejidad de la experiencia humana.

Otra de las ideas que subyace entronca directamente con la archiconocida frase de Jean Rouch, “*no filmamos la vida como es sino como la provocamos*”. El autor no duda en interpelar a

los sujetos filmados, e incluso va más allá en su necesidad por convertir la cámara en un medio que provoca la dialéctica y que actúa como canal de comunicación entre el ciudadano y las autoridades.

*La Ventana de los Andes* es una etnografía audiovisual o un audiovisual etnográfico, llamémosle como queramos, cuyo objetivo principal es servir a aquéllos que cuya voz raramente es amplificada en los medios, es un tipo de antropología enfocada a lo que se denomina “de orientación pública”, una antropología que se cuestiona cuál es el fin de la ciencia, que plantea la pregunta “¿una ciencia para quién?”.

Recepción: 1 de diciembre de 2013

Aceptación: 13 de diciembre de 2013